"EL INQUISIDOR", DE FRANCISCO AYALA. SOBRE LAS TRES CULTURAS

Antonio Ubach Medina

1. Las circunstancias

Francisco Ayala (Granada, 1906) publica el libro al que pertenece "El inquisidor", *Los usurpadores*, tras un período en el que su actividad como literato había sido muy reducida[266]. Se había trasladado a Madrid muy joven, en 1922, y pronto empieza a publicar y a ser conocido en los círculos literarios de la capital. Participó en las corrientes de la vanguardia, ejerciendo también como crítico y ensayista (*Indagación del cinema* es de 1929, una de las primeras reflexiones sobre el nuevo arte) mientras estudiaba en la universidad.

La estancia en Alemania en los primeros años 30 para ampliar sus estudios de leyes y sociología, donde asiste a la toma del poder por el nazismo, dejó alguna huella en su narrativa[267]. Pero a partir de ese momento, excepto alguno de estos relatos en Argentina, no vuelve a publicar ninguna obra literaria hasta la aparición del libro que nos ocupa. Sus intereses profesionales, la guerra civil y el exilio en Buenos Aires le mantienen alejado de esa faceta creativa.

2. Los usurpadores

Esta colección de cuentos aparece en Buenos Aires en 1949, es decir, casi veinte años después de la última obra publicada en España (*Cazador en el alba*), en un medio en el que Ayala es conocido por sus libros de sociología, materia de la que daba clases en la universidad en aquellos años.

266. El "Diálogo de los muertos" es de 1939. Vid. la fecha de los diferentes relatos al final de cada uno de ellos en Ayala, 1992.

267. Ejemplo de ello es el relato "Erika ante el invierno", que se incluye en *Cazador en el alba* (1930).

Centro Virtual Cervantes

Los usurpadores surge después de la experiencia traumática vivida en primera persona de la guerra civil[268], y tras asistir a la tragedia que supone la II Guerra Mundial. Se trata de cuentos sobre temas de la historia de España, género cuya elección podría sorprender después de los acontecimientos que el autor acaba de vivir pero que, según Andrés Amorós (Ayala, 1978: 11), se explica así:

E incluso las novelas históricas en sentido estricto [...] por debajo de su aparente escapismo son «de modo muy caracterizado, fruto del tiempo, y aluden inequívocamente a las condiciones inmediatas del escritor y de sus lectores; son, en fin, formas de interpretar el mundo» [...]

Apresurémonos a afirmar que las narraciones históricas de Francisco Ayala no suponen ningún escapismo, sino, de modo directísimo, una vía para mejor comprender el presente.

Y en el "Proemio" a *La cabeza del cordero* el mismo autor señala la relación entre lo histórico y el presente: "Viene este libro después de *Los usurpadores*, cuyas piezas proyectan sobre diferentes planos del pasado angustias muy de nuestro tiempo" (Ayala, 1978: 183). Son, pues, "relatos históricos que no pretenden ser fieles a la historia, sino que utilizan un material reconocible por los lectores, historias sabidas, para ilustrar la tesis unitaria" (Navarro Durán, 1998: 138).

Los cuentos van precedidos de un escrito en el que "su autor, disfrazado bajo la personalidad de un fingido prologuista, adopta en efecto frente a sus lectores una actitud didáctica un tanto coactiva", según palabras de Carolyn Richmond (Ayala, 1992: 19). El objetivo del prólogo es doble, según deja claro el texto y resume Richmond del siguiente modo:

[...] el de recordar -en verdad, informar- a los lectores (argentinos) de la previa trayectoria narrativa de un escritor español conocido de ellos entonces sobre todo por sus numerosos trabajos de teoría política, sociología y crítica literaria, y a la vez, el de explicar los «motivos e intenciones» del volumen prologado (Ayala, 1992: 28-29).

El juego que establece el autor, al hacer que el prólogo lo redacte un desconocido periodista y archivero de Coimbra que firma como F. de Paula A. G. Duarte, en realidad su propio nombre disfrazado (Francisco de Paula Ayala García-Duarte), como en seguida observó la crítica, tiene una clara raigambre cervantina que también fue señalada desde poco después de su publicación, y que obliga al lector a enfrentarse con el texto desde una perspectiva que provoca la reflexión, como señala Richmond en el párrafo citado anteriormente. Hay una clara voluntad de distanciamiento que se manifiesta en la elección del relato histórico y en el prólogo, y que permite subrayar "Lo recurrente de la condición

[268]. Su padre y un hermano fueron víctimas del conflicto.

Centro Virtual Cervantes

humana [que] está sugerido en la utilización por Ayala de *ejemplos* del pasado en lugar de retratar los *excesos* de su propia experiencia" (Ayala, 1992: 57), *ejemplos* que reflejan, como un espejo, esos *excesos*.

3. "El inquisidor".

Dentro del conjunto de relatos que se recogen en el libro, este cuento ocupa un lugar especial, ya que se escribió después de la aparición de la primera edición, como explica Ayala en una nota en las posteriores:

En 1950, después de publicado el volumen de *Los usurpadores*, escribí todavía una historia más, la de "El inquisidor", perteneciente a la misma vena, que yo había creído agotada, pero que aún dio ese fruto tardío. Ahora queda incorporado al ciclo donde corresponde (Ayala, 1992: 106).

Esa "vena" es la que recorre todos los cuentos que forman el libro, donde, como señala Richmond (Ayala, 1992: 34), "En ellos, la conciencia artística va unida a una sólida base intelectual, correspondiente a las ideas de Ayala acerca del poder, tal cual se expresan en sus escritos teóricos de los años 40", lo cual implica una consciente imbricación de las diferentes facetas de su obra intelectual. Además, la unidad del volumen queda clara desde el título, *Los usurpadores*, y "pudiera formularse -escribe el autor- de esta manera: que el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación" (Ayala, 1992: 100). Como señala Mª Dolores de Asís, "Esta intención ética tiene como espejo de fondo [...] la guerra civil" (Asís Garrote, 1990: 217).

3.1. Contexto del relato.

Como todos los demás cuentos del libro, "El inquisidor" se sitúa en un espacio y un tiempo (cronotopo[269]) reconocible que ya el mismo título está identificando, sin precisar una localización o una fecha concretas, aunque sí se indica al comienzo que la acción se sitúa a finales del siglo XV: "... al cabo de casi los mil y quinientos años..." (pág. 201)[270]. Está, por tanto, aludiendo a un período histórico previo y cercano al momento en el que se va a producir la expulsión de los judíos, es decir, una situación en la que miles de personas serán expulsadas del país o se verán obligadas a renunciar a sus creencias. Sin embargo, los datos que proporciona el narrador en tercera persona presentan una situación aún de convivencia, y también de competencia de culturas. Esto es así desde el comienzo, como muestra el inicio del relato:

[269]. Sobre este concepto, vid. Bajtin, 1975.

[270]. Las citas del cuento se hacen a partir de la edición de Carolyn Richmond, indicando solo la página.

Centro Virtual Cervantes

¡Qué regocijo!, ¡qué alborozo! ¡Qué músicas y cohetes! El Gran Rabino de la judería, varón de virtudes y ciencia sumas, habiendo conocido al fin la luz de la verdad, prestaba su cabeza al agua del bautismo; y la ciudad entera hacía fiesta (pág. 201).

Nótese que el texto presenta el acontecimiento como un motivo de alegría para la comunidad a la que se une el nuevo miembro ("la ciudad entera hacía fiesta"). Sin embargo, la utilización del estilo indirecto libre en el relato inserta este comienzo, *a posteriori*, en el discurso del protagonista, de modo que lo que en un primer momento se presenta como una descripción objetiva de la jornada se transforma en un dato más sobre las carcterísticas del personaje.

A raíz de la evocación de su conversión, el obispo e inquisidor va repasando su trayectoria hasta el momento en que se sitúa el presente de la acción: ejerciendo sus funciones, está redactando la sentencia de un proceso contra su cuñado, como él cristiano nuevo, por judaizar. A lo largo de esa rememoración surge la historia de un antepasado que presenta un paralelismo terrible para el protagonista con la suya:

Como un aviso, se presentaba siempre de nuevo a la imaginación del buen obispo el recuerdo de una vieja anécdota doméstica oída mil veces de niño entre infalibles carcajadas de los mayores: la aventura de su tío-abuelo, un joven díscolo, un tarambana, que, en el reino moro de Almería, habría abrazado sin convicción el mohometismo, alcanzando por sus letras y artes a ser, entre aquellos bárbaros, muecín de una mezquita. Y cada vez que, desde su eminente puesto, veía pasar por la plaza a alguno de aquellos parientes o conocidos que execraban su defección, esforzaba la voz y, dentro de la ritual invocación coránica, *La ilaha illa' llah*, injería entre las palabras árabes una ristra de improperios en hebreo contra el falso profeta Mahoma, dándoles así a entender a los judíos cuál, aunque indigno, era su creencia verdadera, con escarnio de los descuidados y piadosos moros perdidos en zalemas (págs. 210-211).

No debe olvidarse que el narrador está relatando la historia desde el punto de vista del inquisidor, en un momento crítico de su trayectoria que el narrador anticipa ("El relato actual corresponde a uno de esos momentos de prueba. Vamos a encontrar al obispo, quizá, en el día más atroz de su vida", pág. 202). Ello explica las peculiaridades del drama íntimo al que el lector asiste, así como el modo en que se presentan las otras religiones y las culturas que ellas simbolizan: solo la cristiana es la verdadera, la musulmana únicamente se menciona en este episodio como objeto de burla por parte de un judío y, como dice el texto, como un aviso, y la fe de sus antepasados aparece como consecuencia de "un duro, empecinado y mortal orgullo" (pág. 201) que les impidió ver la "senda de salvación" (pág. 202).

Centro Virtual Cervantes

3.2. El protagonista como antimodelo.

Recuérdense las palabras del autor mencionadas anteriormente: "el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación". El protagonista ejerce ese poder, antes de su conversión, como Gran Rabino, e inmediatamente emprende el camino que le llevará a una posición similar dentro de su nueva comunidad:

Ordenóse, pues, de sacerdote, fue a la Corte, estuvo en Roma y, antes de pasados ocho años, ya su sabiduría, su prudencia, su esfuerzo incansable, le proporcionaron por fin la mitra de la diócesis desde cuya sede episcopal serviría a Dios hasta la muerte (pág. 202).

Su modo de actuar está influido por la historia de su antepasado convertido al Islam, ya mencionada, que se transforma en una historia ejemplar sobre lo que debe evitar, no solo con respecto a sí mismo sino en relación a todos los que lo rodean. Así, considera su obligación asistir al tormento de su cuñado durante el proceso inquisitorial y cuando este, "colgado por los tobillos, con la cabeza a ras del suelo", le dirige la mirada, reacciona del siguiente modo:

Bien sabía él lo que significaba aquella mirada: contenía una alusión al pasado, quería remitirse a los tiempos en que ambos, el procesado sometido a tortura y su juez, obispo y presidente del Santo Tribunal, eran aún judíos (pág. 205).

El inquisidor contempla la realidad como un combate en el que él se convierte en el único baluarte de defensa de su nueva fe. Los que, como él y siguiendo su ejemplo, se han pasado a las filas de Cristo no pueden engañarle, puesto que conoce los subterfugios de los que se valen, y eso le permite, desde su posición de poder, desenmascararlos, como se ve en las conclusiones a las que llega tras los interrogatorios bajo tortura de su cuñado Lucero:

Negaba entre imprecaciones; negaba entre imploraciones, entre lamentos; negaba siempre. Mas -otro, acaso, no lo habría notado; a él ¿cómo podía escapársele?- se daba cuenta el obispo de que esas invocaciones que el procesado había proferido en la confusión del ánimo, entre tinieblas, dolor y miedo, contenían a veces, sí, el santo nombre de Dios envuelto en aullidos y amenazas; pero ni una sola apelaba a Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen o los Santos, de quienes, en cambio, tan devoto se mostraba en circunstancias más tranquilas... (págs. 204-205).

La reflexión del obispo en esa larga noche, que el narrador al utilizar el estilo indirecto libre nos permite conocer desde el interior del personaje, desvela cómo ha ido "echando su red en círculos cada vez más amplios" (Ayala, 1992: 71), hasta alcanzar al Dr. Bartolomé Pérez, el preceptor que había buscado para su hija, huérfana de madre y a la que él poca atención podía prestar con sus

Centro Virtual Cervantes

obligaciones, tras examinar cuidadosamente sus conocimientos y su fe. Pero ni su procedencia campesina ni ese minucioso examen habían sido suficientes:

¿Acaso no habría estado lo malo, precisamente, en aquello -se preguntaba- que él, quizá con error, con precipitación, estimara como la principal ventaja: en la seguridad confiada y satisfecha del cristiano viejo, dormido en la costumbre de la fe? (pág. 209).

El obispo se ha convertido en el único que puede defender la religión pues conoce las añagazas y trucos de los conversos por proceder de la misma cultura y fe que ellos, y además mantiene la vigilancia con respecto a una fe conquistada por medio de un profundo proceso de reflexión, a diferencia de aquellos para los que es algo dado, heredado. "Claramente comprendía estar obligado para con la Santa Iglesia en mayor medida que cualquier otro cristiano" (pág. 202). Esa reflexión, asumida sin límites, ni siquiera el de la caridad, es la que le lleva al pecado de soberbia que desencadena los trágicos hechos que en gradación ascendente va mostrando el cuento.

3.2. El modelo: la hija condenada.

El personaje de Marta, fruto del matrimonio anterior a su conversión, va adquiriendo mayor relevancia a lo largo del cuento, desde una simple mención al comienzo hasta la escena final. Su intervención a favor de su tío, Antonio María Lucero, el primer implicado en el proceso, a instancias de su prima, provoca la siguiente reflexión: "Una tentación diabólica; pues ¿no son, acaso, palabras del Cristo: *El que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí*?"[271] (pág. 206).

Marta, debido a las obligaciones del obispo, ha sido dejada en manos del preceptor, Bartolomé Pérez. Huérfana de madre, es él el que se encarga de su educación, quien le da cariño y en quien encuentra un modelo cercano. La noticia de su encarcelamiento provoca su irrupción en la estancia donde, junto al secretario de la inquisición, su padre está acabando de dictar la sentencia contra los procesados tras la noche en la que el lector ha asistido a las cavilaciones y ensoñaciones del obispo.

Su actitud ("Entró como un torbellino", "la mirada reluciente fija en su padre", "le gritó casi, perentoria", pág. 217) provoca que su padre le conteste con "Un largo, farragoso y a ratos inconexo discurso" (pág. 218) con el que trata de impedir que suceda lo que teme que va a ocurrir pues la presencia del secretario del tribunal es la de un peligroso testigo, mientras "la mirada relampagueante de Marta se abismó en las baldosas de la sala, se enredó en las molduras del estrado

[271]. La cita es del Evangelio de San Mateo, 10, 37. Hay otas dos citas de textos sagrados: "si tu derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti", Mateos, 5, 30 (pág. 207); y "Los pecados de los padres...", Éxodo, 20, 5 (pág. 214).

Centro Virtual Cervantes

y, por fin, volvió a tenderse, vibrante como una espada" (pág. 218). El enfrentamiento entre padre e hija, ante el secretario, desemboca en el último desafío de Marta:

-¿A mí, porque soy tu hija, no me procesas? Al Mesías en persona lo harías quemar vivo.

El señor obispo inclinó la frente, perlada de sudor; sus labios temblaron en una imploración: «¡Asísteme, Padre Abraham!», e hizo un signo al Secretario. El Secretario comprendió; no esperaba otra cosa (pág. 219).

4. Conclusión

El relato termina, después del fragmento citado, con la siguiente imagen del obispo mientras de fondo se oye el sonido de la pluma del secretario, que escribe el acta de acusación contra Marta: "el prelado, pálido como un muerto, se miraba las uñas" (pág. 219). La consecuencia lógica de su trayectoria, marcada por un orgullo igual de "duro, empecinado y mortal" que aquel al que se refería al comienzo con respecto a sus antepasados, así como también el pecado de soberbia que rechaza en el inicio del relato al haber sido el único elegido de toda su estirpe para la verdadera fe (pág. 202), es la situación de desolación a la que se refiere esa imagen, descrita por el narrador desde fuera, desde una perspectiva distinta a la que ha predominado durante todo el relato. Sin embargo, es en ese momento cuando la figura del obispo se humaniza en el dolor, pues ha cumplido, como dice Carolyn Richmond,

"[...] su trágico destino: no el que correspondería al camino elegido por él, sino el de un falso converso que, llevando a la nueva fe su viejo fanatismo, termina [...] por sacrificar, en obediencia a Dios, a su propia -y única- hija. [...] Para llegar a este resultado habrá hecho falta que, articulando palabras de tono herético, Marta se preste al sacrificio -en cierto modo un sacrificio cristiano (Ayala, 1992: 72), pues esas palabras están motivadas por la compasión y el amor al prójimo entendido en un amplio sentido evangélico.

Como se ha visto por las indicaciones del propio autor ya mencionadas, el sentido de "El inquisidor" no se reduce solo a esto. De acuerdo con lo que dice Óscar Barrero, "si de profundiza en el análisis del relato posiblemente podrá comprenderse que la conducta del antiguo rabino está condicionada (si no determinada) por el contexto histórico de una época en la que la libertad individual era menos apreciada que un valor colectivo que se consideraba sagrado" (Barrero, 1997: 55), contexto histórico que se convierte en un "espejo moral de la época contemporánea" (Ayala, 1992: 53), según dice Richmond, es decir, de la que al autor le ha tocado vivir y de la que, desgraciadamente, nos está tocando vivir a nosotros. Es, por tanto, la actualidad de este relato en un contexto histórico que se nos quiere hacer ver como avocado al enfrentamiento

Centro Virtual Cervantes

entre culturas lo que considero que lo hace recomendable para su utilización en el aula.

BIBLIOGRAFÍA

Asís Garrote, Mª Dolores de (1990), *Última hora de la novela en España*, Madrid, EUDEMA.

Ayala, Francisco (1978), *Los usurpadores. La cabeza del cordero*, intr. de Andrés Amorós, Madrid, Espasa-Calpe.

Ayala, Francisco (1992), *Los usurpadores*, ed., intr. y notas de Carolyn Richmond, Madrid, Cátedra.

Bajtin, Mijail (1975), *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1991.

Barrero Pérez, Óscar (1997), intr., ed. y notas a Francisco Ayala, *Relatos*, Madrid, Castalia.

Navarro Durán, Rosa (1998), "La imaginería de *Los usurpadores*", en *Salina*, 12, págs. 137-141.

Centro Virtual Cervantes